

PERIFERIA

En torno a ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESION (1)

Dos comentarios

A menudo, cuando rastreamos entre los libros de autores americanos, los maestros que no conocimos y llevamos el interés propio a tales presentaciones, a menudo salimos defraudados.

América es fecunda en maestros. A ellos debimos conocerles en la cátedra, donde el ejemplo de sus vidas, la formación y el caudal de sus ideas, lo que esculpieron en el rostro y hablaron a sus discípulos, se muestra bien viril y bien rico.

En los ensayos, en los libros —concebidos la mayoría de las veces como un nuevo instrumento en medio de la contienda— esbozan problemas de su tiempo que son los nuestros y que, agigantada la minoría intelectual, gimen en todas partes.

Esto da una extraña sensación de vejez, impresa en ellos o renovada en nosotros; o bien de genialidad en ellos y pobreza nuestra, en la que el novísimo temario es el resurgir de utopías que no han llegado a ser anacrónicas.

Similares preocupaciones e idénticos remedios, renovados problemas que nos inundan de americanismos y en los que en algún momento nos sentimos pioneros.

Expresión de América, la visión de siempre que quizá sea ya expresión en esta búsqueda.

Búsqueda en las dos dimensiones del tiempo, hacia el futuro, y hacia un pasado todavía no aquietado.

Bien dice Leopoldo Zea,* mientras Europa discute su futuro, nosotros en Hispano-América, tenemos que seguir discutiendo nuestro pasado.

Hemos vivido a la deriva de problemas propios y ajenos. Afincados en un extenso territorio, con un mundo histórico recién nacido y colonial. Recibimos el sello de un país que vivía su siglo de oro y que llevaba en sí los gérmenes de su futura disolución.

Absorbimos sistemas y doctrinas que alimentaron nuestra independencia, planteamos una temática madura colmada de galicismos pero que nos daría el punto de apoyo para superar la sociedad colonial. Y detrás de todo ello la utopía. ¿dónde encontrarían asilo? — el diario camino de mejoramiento constante, el designio de la libertad nutriendo la tierra.

Más allá del tiempo cronológico, estos momentos han sido registrados, acumulados pero no asimilados.

No se han agotado ni las etapas, ni las causas, ni la circunstancia peculiar de cada una de ellas. En las conciencias y en las crisis sucesivas, continúan frescas las polémicas de cada temario ideológico.

Todo lo no vivido se niega a morir como presente y llama y se despierta

(1) P. Henríquez Ureña: Ensayos en busca de nuestra expresión. Ed. Raigal. Es. As., 1952.

* Leopoldo Zea: Dos etapas en el pensamiento hispanoamericano.

cada vez que se hace necesario un juicio, una decisión, una actitud.

Además, profundizando el estudio de la vida y las costumbres de las gentes y los pueblos, se descubren junto con mil diferentes características las lacras (lo más doloroso) del pasado, proyectándose en el presente, simuladas, cambiadas, transformadas, pero vivas y en ejercicio.

El libro de L. Zea es muy ilustrativo al respecto, en dos etapas: el romanticismo y el positivismo.

De él extraemos: "...aún debemos defender a un Juárez, a un Sarmiento, contra las vivas y latentes fuerzas que hacen posibles los actuales defensores de pasados privilegios o los nuevos Rosas".

En el primero de los ensayos que publicó la editorial Raigal, Henríquez Ureña afirma que es el espíritu quien nos ha salvado en cada una de las crisis de civilización, el espíritu sólo y en las manos de aquellos maestros como Sarmiento que no "deseó más que dejar por herencia, millares de seres en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado el país, aseguradas las instituciones, surcado de vías férreas el territorio, cubierto de vapores los ríos". Como Hostos, a quien Ureña llama, el ciudadano de América. Amante de la justicia y la libertad, murió de "asfixia moral", reconoció en la América a su patria y, habiendo nacido en las Antillas, fué de país en país, "en una cruzada de libertad, enseñando a pensar a América". Inmerso en preocupaciones humanas y militante en la razón, tiñe todas sus conclusiones de un sentido ético racional. Según Hostos el hombre y la civilización se elevarán por el desarrollo del espíritu, por el aumento de la conciencia, "hasta penetrar en la esencia del mundo, que no está por encima del conocimiento humano".

Como Martí, "que sacrificó al escritor que había en él, al amor y al deber". En este brevísimo ensayo, Ureña indica la necesaria contribución de la Argentina, para completar la obra de Martí.

Como José Enrique Rodó, "que educa en sus libros, es el primero quizá que entre nosotros influye, con sólo, la palabra escrita". A través de una incursión por el evolucionismo, Ureña presenta la evolución creadora de Bergson presidiendo *Los motivos de Proteo*.

Aquí encuentra Henríquez Ureña rico materia para sus observaciones, destaca al "eticista", que extrae de su propia personalidad, las verdades dables al mundo.

El conjunto de los ensayos dedicados a cada uno de los maestros citados, abarca la segunda parte del libro, cuyo epígrafe es *Figuras*.

Se agrega a la lista de los citados nombres el de don Juan Ruiz de Alarcón, dramaturgo mejicano del siglo XVII, que vivió en España buena parte de su vida. Alarcón crea la comedia de costumbres y caracteres, mezcla en ella el ambiente de la España de su tiempo a la observación aguda, breve, imprevista del mejicano.

En un esbozo incompleto de literatura mejicana, se ocupa de Enrique González Martínez. Destaca a Alfonso Reyes como poeta, y finalmente hace referencia a su conocimiento de Héctor Ripa Alberdi.

Estos ensayos en su mayoría escuetos, salen de cada página rodeados del cariño, y nutridos de la intención, que anula alto la meta de los espíritus similares.

Dejamos un hilo pendiente al referirnos a los ensayos que abarcan la primera parte del libro titulada *Orientaciones*.

América, unificada su historia, sus propósitos políticos e intelectuales —económicos, me atrevo a añadir— constituida en realidad la magna patria, llegará a la visión del hombre "completo de Hostos, del hombre univer-

que en el ámbito y en la profundidad de sus más diversos matices, aprenderá su voz". "Nunca la uniformidad ideal de imperialismo estériles, sí la unidad".

Ureña a través de esta idea pone el acento en la justicia; la magna patria ha de unirse para la justicia, pues ella está "antes que el ideal de cultura".

La utopía es en toda instancia, trabajo, es un reconocimiento sobre la marcha, obliga ella al hombre a poner entre paréntesis el mundo en que vive y ver un momento, intuir, fenomenología de nuestro destino, de nuestra expresión.

En ensayos sucesivos, se ocupa el autor de la originalidad de América respecto de España, del problema del idioma, del afán europeizante, de la energía nativa, de la independencia literaria, de los caminos de nuestra historia literaria, apuntes sobre la novela en América, hacia el nuevo teatro y de la cultura y las letras coloniales en Santo Domingo.

Luego de haber leído el libro, publicado por Raigal, creemos que debiera moderarse el afán de recopilación minuciosa, al que se sacrifica el interés de una obra como ésta.

Alguno de estos ensayos tienen el valor que le es reconocido al maestro, pero quizá no perduran por su propia vida.

A. A. GOUTMAN

En la colección Nuestra América reedita Raigal —con agregados anteriores y posteriores— aquel tomito de P. H. Ureña "Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión" ahora con el título del epígrafe. Al comienzo las palabras pronunciadas por Alfonso Reyes y E. Martínez Estrada con motivo de la muerte del autor.

El libro, dividido en dos partes bajo los títulos generales de I, Orientaciones, y II, Figuras, reúne una serie de artículos y conferencias publicados ya en distintas revistas.

Todos los trabajos, incluyendo algunos que son de circunstancia (suponemos que su publicación se hizo con el objeto de dar a conocer la amplitud de la labor escrita de Ureña) denuncian la capacidad del crítico y la cultura sin limitaciones de este hombre que tanto hizo por el conocimiento exacto, "implacable en la verdad", de nuestro pasado literario. Destacaremos los definitivos y aquellos que constituyen hoy materia útil para nuestros problemas.

En "El Descontento y la Promesa" estudia, haciendo su historia, la serie de proclamas de nuestros creadores afirmando la necesidad de lograr una expresión propia frente a Europa. Pasa revista a las palabras de Bello en la primera de las "Silvas"; luego de él, Olmedo y Heredia. Durante el romanticismo, Lizardi, Hidalgo y Echeverría, que reclamaba "no sólo la independencia política, sino la literaria y además la filosófica"; por fin, el modernismo que "si toma sus ejemplos de Europa piensa en América". Luego analiza los argumentos de las dos facciones que todavía hoy prosiguen sus inútiles discusiones: los hispanizantes y los europeizantes, criticándolos con justeza. Este anhelo de originalidad, comenta, desconocido por los antiguos nace con el romanticismo; plantea el problema de la imposibilidad de lograr total independencia en lo literario porque una lengua "es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en ella se escribe se baña en el color de su cristal"; refiriéndose así a nuestra identidad idiomática con España. Examina las fórmulas de americanismo propuestas para lograr nuestra expresión en literatura: la naturaleza, el primitivo ha-